

“Impresiones de un viaje de estudio a Valparaíso” (1)

Charlas, conversaciones, y, al fin, la cristalización de todos estos anhelos parecía estar a punto de realizarse. Todas las gestiones para conseguir este viaje, habían despertado en nosotros un no sé qué, algo que secretamente nos atraía, aspirando a encontrar en él un oasis en medio de nuestras tareas estudiantiles. Momentos antes de partir, formábamos una alegre caravana dispuesta a sacar las máximas ventajas de la gira a la vez que pasar estos días en la mejor forma posible, saturándonos de un compañerismo vivificador.

Partimos. Primero los barrios más apartados de la ciudad, después el campo, con toda su magnífica visión. Parecía que ante nuestros ojos estuvieran pasando una maravillosa película; la hermosura del paisaje, la grandiosidad de la obra de la naturaleza hace que en los primeros instantes permanezcamos extasiados en presencia de tanto hechizo. La góndola se desliza rápidamente por el camino, ronca el motor, pero sus estridencias no son bastantes para acallar las voces de un conjunto, que pletórico de entusiasmo, entona suaves canciones, más, no son las canciones que conoce la febril ciudad; hay en ellas algo de nuevo, que nos trae recuerdos, evocaciones y nostalgias.

El señor Fuenzalida aprovecha toda oportunidad para explicarnos lo que es tíma conveniente que sepamos. Las explicaciones son escuchadas con interés y se observa en todos una predisposición de ánimo para evitar que las enseñanzas del maestro queden sin fructificar ya que en

gran parte se refieren a las características de nuestro Chile, por desgracia, tan poco conocido entre quienes mejor lo debieran conocer.

Rodar y rodar, viendo desfilan ante nuestros ojos inmensos panoramas de bellezas naturaleza. Peñuelas se nos antoja un lugar de idilio. Aprovechamos este parque, para almorzar; nunca almuerzo fué servido en medio de un marco más atrayente. La represa que asemeja un vasto lago, las plantaciones de hermosos árboles, las lanchitas, todo esto nos atrae o nos hace evocar bellos cuadros de imperecederos recuerdos.

Se dá la orden de movilización, de evacuar el lugar; pero antes salen a resucitar las máquinas fotográficas y se toman fotografías en todas las poses con sabidas, teniendo por fondo la combinación del paisaje feérico y un trozo de cielo azul. Elizabeth, Chita, Marta, Olga, Ramírez, Péndola, aprovechamos un hermoso castillo que penetra en el agua para sacarnos una fotografía. Chita, pregunta con avidez la profundidad del lago, insiste, no sé cuál sea la causa de tanta curiosidad, pero no creo que querría suicidarse, o bien sería que querría saber las probabilidades de salvarse que tendría en caso de caerse.

Llegamos a la góndola, algunos com-

(1) Estas son las impresiones de viaje del compañero Carlos Andrade, que hechas sin intención publicista, tienen el mérito de reflejar el estado de alma dejado en todos los participantes, de esta hermosa excursión.

pañeros protestan por nuestra tardanza; no nos importa, pues hemos disfrutado de un rato más del contacto con la naturaleza. Partimos, resuenan los cantos nuevamente. Son nuestras entusiastas acompañantes, Chita, Inés, Olga, Ester, Eugenia, Nora..., asociados de algunos varones, pero ninguno de ellos puede competir con el sin igual Naranjo, que canta, gesticula y ríe, poniendo una nota de contagiosa alegría en el ambiente. Se canta La Cucaracha: todo está bien, pero cuando le ha llegado un palito en uno de los estribillos de la tan popular canción, seguramente que no es para sentirse muy estimulado, pues así me lo dice la experiencia. Cantos risas, bromas, chistes, nada hace salir de su tranquilidad a la inseparable pareja de amigos, Aracena-Naveas. Este último, muy serio, pensativo; se rumorea que un amor dejado en Santiago lo ha reducido a tan lamentable estado.

Nos aproximamos a Valparaíso, la "ciudad del viento" — de Edwards Bello. Descendemos lentamente y nos disponemos a contemplar el soberbio espectáculo que nos ofrece el puerto. Recorremos algunas calles, que tienen el aspecto de jardines por la profusión de flores que en ella se encuentran. A lo largo de una Avenida Costanera nos dirigimos a la Puntilla, donde el señor Fuenzalida da algunas interesantes explicaciones. Después nos encaminamos a un Museo. Algunas salas nos llaman profundamente la atención por los muchos objetos de valor instructivo que contenían. El Director, persona amable y simpática, nos instruye sobre los múltiples objetos entregados a su custodia y vigilancia. Otros compañeros aprovechan el tiempo en visitar un pequeño zoológico que funciona en el mismo local. A un ejemplar de puma no le hace mucha gracia nuestra visita, pues nos hace tales manifestacio-

nes, que aún los más valientes optaron por dejarlo en la soledad, sumido en el recuerdo de sus selvas de donde el capricho de los hombres lo han arrancado para depositarlo en tan triste mansión. Regresamos por grupos a nuestra góndola, por supuesto, que el último en regresar es don Humberto, que como buen petrógrafo se entusiasmó con algunas piedras, al extremo que pedía máquinas fotogríficas para sacarles algunas vistas. Parece que los poseedores de ellas no creían que este fuera el mejor uso a que se las pudiera destinar. En fin, es cuestión de apreciación.

Llegamos a la Residencial donde nos alojaremos. Se dan las últimas instrucciones, y, la tarde, nos pertenece. Salimos a recorrer el pueblo, algunos más optimistas en son de conquista; otros más prácticos con propósito de conocer lo más en esas horas, por desgracia tan cortas entonces cuando más lentamente debieran transcurrir.

Los rayos suaves del sol se quiebran en las ventanas de nuestra habitación y nos anuncian el nuevo día. Mis compañeros de pieza, Ramírez, Naranjo, Marino, discuten sobre las bondades de la cama, si es mejor levantarnos o nó. Pero ¡qué desilusión! cuando nosotros, que pensábamos ser los primeros en levantarnos, vimos en la calle muy frescas, sonrientes, como rosas matutinas, a nuestras compañeras, María, Eugenia y Ester, tomar una góndola para Viña. Reaccionamos enérgicamente y abandonamos las caricias de las sábanas y nos fuimos a pasear; pero aún debíamos sufrir una segunda vergüenza, vimos venir por una de las calles, una alegre caravana de compañeras, distinguiendo, entre ellas, a la Marta, Chita, Ondina, Elsa, etc. Esto colmó la medida, pero para tranquilizarnos les hicimos compañía en el matutino de ambular.

A la hora convenida, partimos a estudiar los alrededores, y llegamos hasta la desembocadura del Aconcagua. Esto dá tema al señor Fuenzalida para una disertación breve, pero bastante explícita. Se nos autoriza para andar en bote; ¡qué placer internarnos río arriba! Se corren grandes carreras. Aracena con unos deseos locos de bañar a sus compañeros en este río. Regresamos. Somos los últimos, pero no por impericia, sino por un motivo poderoso que influye en nuestra intencional demora; en efecto, esperamos que todos se vayan para desembarcar y evitar el pago de un remo que hemos trizado, avería que queremos dejar sin cancelar. Respiramos con alguna libertad cuando la góndola parte. Hemos cometido una mala acción, con el camarada, pero tenemos el valor de reconocerla. En la góndola se conversa sobre ciertas aventuras de uno de los compañeros, que se defiende, cuál avezado leguleyo, pero son tan graves los cargos que se le formulan, que resultan ineficaces las tentativas para acreditar su inocencia. Sus compañeros de pieza, bastante andaluces de pensamiento, le han inventado una historietta. A pesar de todos los esfuerzos no logran absorverlo los hábiles alegatos de defensa de Péndola, que intercede en su favor.

Regresamos rápidamente para partir; con tristeza nos alejamos de esta ciudad, tan acojedorá y tan gentil, que nos había cautivado en tan pocas horas, abrigando la dulce esperanza de visitarla en una próxima ocasión. Regresamos por el antiguo camino, más largo, más malo, pero eso sí que más pintoresco, por sus casitas rodeadas de su pequeño cartijo, sus alamedas, sus ciudades-villas, de puro tipo colonial-enclavadas en estos tiempos. En Villa Alemana nos detenemos a recoger a nuestra simpática compañera Elizabeth. Pasamos a comer algunas fru-

tas de Quillota, son exquisitas, especialmente las chirimoyas, pero bastante caras, más caras que en Santiago, a pesar de ser la patria de las chirimoyas. Nos sucede lo que en casa del herrero...

La noche se tiende lentamente por los campos que se van cubriendo de sombras. Pasamos a Los Andes a aprovisionarnos de bencina. Día sábado, día de movimiento en ese pueblo. Hermosa Plaza, Centro profusamente iluminado, algunas parejas bajo los frondosos árboles rinden tributo a Venus; algunos estudiantes, un árbol de azahar, es todo lo que impresionó mi retina en el breve rato que ahí estuvimos. Nos cautivó la ciudad, prometemos volver a visitarla. Ojalá algún día se realice este sentido anhelo.

Llegamos a la Cuesta de Chacabuco, subir, siempre subir, ronca el motor, malo el camino, pero nuestro hábil chofer vence todos los obstáculos con gran maestría. Es el héroe de la jornada. Descendemos. Algo extraño pasa en la góndola, ya no se oyen los cánticos, no es que estén dormidas, algunas están cansadas, creo que las invade a las gargantas en estos instantes una sensación de miedo, un vago temor. No se si esté equivocado, lo mejor sería preguntárselo a ellos, si ustedes así lo desean.

Las luces de la Hacienda Chacabuco... Nos acercamos a Santiago, primero los extramuros de la ciudad, después las calles. Hemos llegado a Santiago, nuestra capital, tan grande y tan indiferente a lo que en ella ocurre, tan desconcertante y con tan poco de esa cariñosa ternura de las otras ciudades chilenas.

Significa esta excursión un acertado paso hacia el conocimiento práctico y objetivo de nuestro propio territorio a fin de capacitarnos debidamente en la se-

vera apreciación de todas las posibilidades que dormitan en el fecundo seno de nuestro país. También significa esta gira una sana tendencia a que debe aspirar toda enseñanza para ser más eficaz y fructífera,

Excursión que dejó en nosotros inol-

vidables impresiones es la que hemos realizado, merced a la gentileza de las autoridades superiores de esta Escuela. Para ellos muchas gracias, de todos los que pudimos asistir.

C. A. G.
II Año